

6. CORAZÓN DE JESÚS TABERNÁCULO DEL ALTÍSIMO

Cor Iesu, tabernaculum Altissimi

P. Bernardo Ibarra, Sacerdote argentino
Estudiante, misionero en Polonia

Dios ordenó a Moisés subir al Monte Sinaí y allí estarse por cuarenta días y cuarenta noches. Se lo pidió Dios, porque en la cima de aquél monte, quería revelarle su ley, manifestarle su amor e instruirlo en el culto que a Él sólo debía dársele. Y durante esos días tremendos, Dios le dio a conocer su voluntad: quería que se le dispusiese un *tabernáculo*, una *tienda de campaña*, para que él pudiese morar en medio de su pueblo que caminaba por el desierto: *Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos* (Ex 25,8).

Era la voluntad explícita de Dios el tener un lugar visible y tangible de su amor, providencia y cuidado para con su pueblo elegido. Quería que allí, entre las tiendas del pueblo que peregrinaba hacia la tierra prometida, hubiese una morada, un *tabernáculo* como signo de su poder y particular amor, y como inicio del culto y sacrificio que a Él debía ofrecerse.

Fue así, pues, que Dios dio instrucciones precisas y minuciosas a Moisés sobre cómo y para qué debía erigirse el tabernáculo y sobre los elementos, partes y objetos que debía custodiar y comprender. El tabernáculo sería el compendio de su amor, el origen de la santidad del pueblo y la cima de sus anhelos. Sería el sitio donde encontrar al Dios vivo: *la tienda de la reunión*. Allí, en el tabernáculo, se uniría el Cielo con la tierra.

De este modo Dios formó un *signo de su presencia* y un *lugar de encuentro con Él*.

Pero esto era sólo una sombra de una realidad mucho más verdadera y eterna, pues con el tabernáculo del desierto Dios preparaba al pueblo

para su auténtica morada entre los hombres: *el Verbo Encarnado*, en quien *habita la plenitud de la divinidad corporalmente* (Col 2,9).

Cuando llegó la plenitud del tiempo (Ga 4,4), Dios formó su definitivo tabernáculo en el seno de la Virgen, con más precisión, esmero y dedicación que aquel que había ordenado hacer a Moisés. Aquel otro fabricado de pieles de animales, pues este tabernáculo, su Hijo querido hecho hombre, era el *Dios de Dios, Luz de Luz*.

En el interior del vientre purísimo de la Virgen, Dios se hizo *tabernáculo*, morada eterna de su misma divinidad: *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). Y de este modo comenzaba a cumplirse lo del Apocalipsis: *He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el «Dios con ellos» será su Dios* (21,3). Dios se hizo *Dios con nosotros*, el Emmanuel (cf. Jn 7,14).

Al asumir la naturaleza humana, Dios *se hizo semejante a los hombres* (Flp 2,7), adquirió para sí nuestro modo de ser y actuar, se humilló sobremanera y *tomó la condición de esclavo* (Flp 2,7). No consideró la gloria que tiene en los cielos para venir a vivir en una tienda de campaña, su sagrada humanidad, por amor a nosotros.

Este es el gran misterio de amor de la Encarnación, por el que Dios se digna morar entre nosotros. Este es el maravilloso intercambio, por el que Dios mismo se hace uno de nosotros, y nosotros somos divinizados. Este es el Hijo Encarnado, el Verbo Eterno, tan hombre como nosotros, pero Dios sempiterno al mismo tiempo. Jesucristo es el Gran Tabernáculo del Altísimo: *quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9).

Dentro del tabernáculo del desierto, allí en su centro y lugar más recóndito, se hallaba el Santo de los Santos, *Sancta sanctorum*, repositorio del Arca de la Alianza, la cual era, a su vez, relicario de las tablas de la ley, del maná y de la vara sacerdotal de Aarón. Cubierto por una

cortina, el Santo de los Santos era la entrada a la misma morada del Altísimo.

Y similarmente, pero mucho más perfectamente, en lo más secreto del Verbo Encarnado – como si fuera otro Santo de los Santos – se halla su mismo Corazón, el Arca de la Nueva Alianza, que resguarda el amor de los amores y el pago de nuestra redención. Traspasado por una lanza, cuando el velo de su carne se rasgó, deja ver y gustar las riquezas y delicias de Dios mismo.

Aquél primer Viernes Santo, el legionario romano tuvo la dicha de mostrar al mundo el Tabernáculo mismo de Dios, para que todos viésemos que en ese amabilísimo Corazón mora el Dios vivo y pudiésemos beber con gozo de aquella divina fontana.

Dios mora en el Corazón del Verbo Encarnado, porque allí se aúnan, recrean y concentran todos los afectos y deseos del Dios hecho Hombre. Es la cámara de su amor... ¡Y Dios es Amor! (cf. Jn 4,8). Dios habita en su mismo Corazón, y allí quiere tener su lugar de encuentro con nosotros. Quiere Él que nos adentremos en esa tienda que instaló en el desierto de nuestra vida para que podamos hallarle en nuestras penurias. Porque este Corazón está siempre abierto para que podamos cobijarnos en él.

¿Y dónde se halla este tabernáculo, este Corazón de Dios? En el Sagrario de nuestras Iglesias. Allí se conserva el maná de la Eucaristía, que no es sino Dios encerrado en las especies del pan y del vino cual si fuesen nuevas pieles que esconden al Dios Altísimo. En la sencillez del blanco pan vive el ardor del rojo Corazón.

Con el milagro de la Última Cena, Dios ha instalado su tabernáculo perenne en medio de nosotros, para que allí, en los altares de nuestros templos, en los sagrarios de nuestras capillas y en las custodias de nuestras adoraciones, podamos tener un signo eficaz de su presencia y un

lugar de consuelo y descanso, porque ese misterio mil veces santo de la Eucaristía encierra el Corazón mismo de Dios.

«Cada uno de los hombres “habita”, de algún modo, en su corazón» decía San Juan Pablo Magno¹, porque allí se encuentra el centro natural de su mundo interior. ¡Cómo lo habrá experimentado el Apóstol Juan cuando al recostarse sobre el pecho de nuestro Salvador escuchó los latidos que encerraran el mismo ser y amor eternos del Dios Altísimo! ¡Con qué fuerza lo habrá percibido si en esos solemnes instantes Nuestro Señor hacía del pan su eterna morada entre los hombres!

Allí en el silencio del sagrario, donde el Amor que creó los cielos y la tierra descansa sobre la patena de oro, Dios ha puesto su morada y su tabernáculo. Se ha dejado desgarrar el pecho para poder entregarnos su Corazón como pendón de su victoria, prenda de su amor y señal de su presencia.

Y desde cada *tabernáculo* nos grita: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt 11,28). ¡Y cuántas veces no vamos! Frustremos así el fin de los sagrarios, como explica San Manuel González: «Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro y con ella de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia»².

Se ha hecho nuestro vecino, nuestro amigo siempre disponible y el prisionero de nuestras necesidades, pues se encierra en la profundidad de nuestras iglesias, para que allí encontremos su Corazón, *tabernáculo del Altísimo*. ¡Y cuántas veces lo abandonamos!

Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20)... «pues os dejo mi Corazón».

¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

² SAN MANUEL GONZÁLEZ, *Floreциllas del Sagrario o en busca del Escondido*, p. 36.